

Álvaro Zamora

Cuatro denotaciones de metafísica (disquisición apenas filosófica)

a Óscar Mas,
in memoriam

Resumen

Este artículo refiere críticamente cuatro formas en que se entiende el término metafísica. La primera referencia se tiende sobre la vida cotidiana: Sophie cree en entes, poderes o fuerzas que no se hallan en el mundo físico pero que, según ella, determinan la existencia y el cosmos. La segunda referencia retoma una relación entre la metafísica y la literatura planteada por Borges. En la tercera, se recuerda el uso que Andrónico de Rodas hizo del término y, en la cuarta, se ponen en evidencia algunas consecuencias o implicaciones de tal uso; se incluyen menciones a Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Suárez, Bacon, Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Hegel, Heidegger, Wittgenstein y Sartre. La primera referencia (a Sophie) se retoma breve y comparativamente en la tercera y la cuarta.

Palabras claves: metafísica, Borges, conciencia, conocimiento, verdad.

Abstract

This article relates critically four ways that the term metaphysics is understood. The first reference is laid on everyday life: Sophie believes in beings, powers or forces that are not in the physical world but which, according to her, determine the existence and the cosmos. The second reference takes a relationship between metaphysics and literature raised by Borges. In the third, it reminds Andronicus of Rhodes use made of the term metaphysics and the fourth reference put in evidence some consequences or implications of such use, and includes references to Plato, Aristotle, Thomas Aquinas, Suarez, Bacon, Descartes, Spinoza, Hume, Kant, Hegel, Heidegger, Wittgenstein and Sartre. The first reference (Sophie) was taken short and comparatively in the third and fourth references.

Keywords: Metaphysics, Borges, consciousness, knowledge, truth.

Primera. Indiferente a las advertencias sobre nocivos efectos psíquicos y de convivencia, Laura se entretiene en librerías lujosas, donde hay sillones para el lector y, si lo desea, puede acompañar la lectura con un café u otra bebida. Llega los jueves, en la media tarde; primero recorre con dedos y miradas la sección musical. Otea en derredor durante varios minutos, luego cierra los ojos, sumerge la conciencia en unos

audífonos: New Age, resonancias orientales, algo para meditar.

Experimenta un leve trance. En realidad lo simula; pero no quiere engañar a los otros, sino construirse un escenario mental para la sanación interna. Laura está unguida por una fe laica.

Apenas se nota su necesidad de ponerse en onda, de sentirse allende las cosas y las preocupaciones, de sentir pura el alma para

unirse a la conciencia universal. Tras unos minutos, abre los ojos y camina hacia un estante rotulado: *Metafísica*. Todo ahí es más barato que una profilaxis psicológica; quizá también es más intuitivo, o simplemente más fácil de aceptar, más discreto. Hermosos empastes, fino el papel, ediciones sugestivas. Laura no ve riesgo alguno en esos menjunjes místicos; y está segura de que sustituir al terapeuta con aquellos libros es buen negocio. Aprendió, por un comentarista del *Bhagavad-Gītā*, sobre las bondades de actuar conforme a *nivritti*: forma (*svarupa*) de la esencia (*atma*) espiritual opuesta al sendero extremo (*anivritti*) que es la naturaleza de *prakriti* o mundo material.

Le fascinan los volúmenes sobre el *karma*, esa energía no cuantificable, invisible y condicionada en cada cual por actos realizados durante vidas anteriores. Laura sabe que la tristeza le viene de ahí, ¡pero llegarán tiempos mejores!; lo sabe, gracias al estudio de la doctrina cíclica, cósmica y determinante del eterno retorno. Borges -a quien seguramente no ha leído todavía, pese a que dicho argentino se recuerda, entre otras cosas, por su dominio de las elucubraciones religiosas y metafísicas prohijadas en Oriente- explica (2000, 3, 249-250): “Cuando morimos, nace otro ser

que hereda nuestro karma”. Su ley es “cruel”: si alguno nació ciego, ello se debe a conductas culposas cometidas en una vida anterior y, por eso, es justo que sea ciego. Tal creencia ha de haber sembrado en Gandhi oposición a la medicina y a los hospitales porque -informa el mismo Borges- “no hay que ayudar a los demás: si los demás sufren deben sufrir puesto que es una culpa que tienen que pagar y si yo los ayudo estoy demorando que paguen esa deuda”. En forma análoga, Laura justifica la conquista, maltrato y hegemonía de unos sobre otros, la distribución mundial de la pobreza y del hambre, las transnacionales, los contratos para la concesión o la privatización de la infraestructura y los servicios públicos; incluso explica así las causas del machismo, del feminismo y de los hechos violentos que la prensa alardea diariamente.

Allende las connotaciones éticas de tal metafísica, aseguremos esta idea: según Laura, existe un fuerza espiritual que guía a las almas, a los seres que vuelan y se arrastran, a las castas; el mérito de las acciones humanas no se halla en libertad alguna, sino en un orden cíclico, moral y eterno, definido más allá de lo físico, donde no es dado sentir y sobre lo cual resulta arrogante, inválido, inefectivo e innecesario

razonar. Si le preguntan por qué, responde: -“nuestra pobre razón no alcanza verdad tan profunda; simplemente, hay que tener la sabiduría y la madurez para aceptar *La Verdad*. Allende las cosas y el egoísmo, más allá de la materia, se trata de algo metafísico, sobrenatural y cierto”.

Laura se ha dejado seducir por el tantrismo y demás convicciones esotéricas; también por los textos triviales de Pauleco el alquimista. Profesa admiración por un ex psiquiatra, convertido en millonario cuando decidió enseñar a otros cómo detectar las vidas pretéritas y aprovecharlas para aliviar los sufrimientos actuales. -“¡Es cierto!”, asegura Laura, pues -según dice- a ella le ha permitido entender las suyas y a evitar -o al menos comprender- una pena que la agobia desde su divorcio. Gracias al legado de tales escritos, *sabe* que en esta vida regurgita una traición de amor cometida contra ella en la antigua Babilonia. Además, ha logrado reunir indicios sobre otras reencarnaciones: fue un esclavo (sí, un varón, aunque no lo crean) durante las guerras púnicas, reencarnó como cocinera de un amigo de Wellington y cual agrimensor en Groenlandia. Volvió al mundo hecha mariposa varias veces; en su encarnación cuadragésimo sexta fue una perra y padeció la caída de Cartago, donde

prefiguró con ladridos el pesimismo existencialista, aunque hombres y mujeres no supieron entenderla. En estos días trata de hallar en los ciclos milenarios una razón para explicar su adictivo gusto por las telenovelas.

Así entienden muchos la metafísica. Su impronta es actual, es cara, es patética; a veces funciona cual legado de presunta trascendencia para curar males de amor, de odio y sumisión. -“Pobre infeliz”, piensa Laura sobre quien descrea de tal convencimiento: -“sí, ¡pobre!, la ignorancia es su *karma* o su grado de conciencia; de seguro, su evolución espiritual será lenta”.

Segunda. Jorge Luis Borges escribe, en *Ficciones*, que “la metafísica es una rama de la literatura fantástica” (1996, 1, 436). No pareciera necesario desestimar con ello el criterio de la fingida -aunque posmodernamente arquetípica- Laura sobre la noción de marras. Pero aseguremos aquí otro énfasis: para Borges la metafísica, más que exegética o sanadora es *performativa*: expresa algo cual si fuera un hecho y, con ello, realiza de cierta forma tal hecho. En “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (439-440) ese genio literario (pero, no por coincidencia y al igual que Laura, carente de visión histórica y de inteligencia política) informa cómo el idealismo ha influenciado la realidad e

incluso la ha modificado; y aporta “el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces, unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro”.

Sorprende ahí el parecido con lo de Laura: ella cree; su creencia la define. Muchos magos, los poetas y algunos filósofos también han creído que la denotación o el concepto se identifican con *la cosa denotada*.

Tercera. Andrónico de Rodas ordenó, en el siglo primero, las obras de Aristóteles de Estagira¹, quien fuera discípulo del ateniense Platón, aunque no lo siguió doctrinalmente. Después de los libros sobre la naturaleza (la física) dispuso catorce obras que, con objetivo puramente clasificatorio, denominó τὰ μετὰ τὰ φυσικὰ (los que están más allá de la física). En principio, el término solo respondía a una disposición o necesidad común en coleccionistas, taxónomos y bibliotecarios.

Con profana analogía, podríamos decir que Andrónico estaba interesado en el orden y las clasificaciones, como quien acomoda libros en la librería que cada jueves visita Laura. Pero el término metafísica resultó más seductor de lo esperado. Hoy se ofrece como un área de estudio en el continente filosófico, como un término de la jerga mística, un concepto *performativo*, una invitación a huir del mundo e incluso una ofensa.

Cuarta. Los catorce libros acomodados por Andrónico después de la física fueron dedicados por Aristóteles a la *filosofía primera* que, con el tiempo, pasó a ser denominada *metafísica*. El propósito aristotélico era contemplar “el Ente en cuanto ente y lo que le corresponde de suyo. Y esta ciencia² no se identifica con ninguna de las que llamamos particulares [...] Y, puesto que buscamos los principios y las causas más altas, es evidente que serán necesariamente principios y causas de cierta naturaleza en cuanto tal”. (Aristóteles, 1998, 150-151).

¹ Se han arrojado dudas sobre esa versión; pero ha prevalecido históricamente, como prevalece la romántica idea de que -pese a indicios de envenenamiento con arsénico- Descartes (considerado por algunos como el padre de la filosofía moderna y, con ella de una metafísica alternativa con respecto al realismo) falleció víctima de una neumonía que contrajo merced a la obligación de levantarse temprano para servir a la reina Cristina en el despiadado clima sueco.

² Así llamaban entonces a diversas formas de conocimiento que -al igual que la metafísica- no podrían entrar en el catálogo actual de las ciencias (*cfr.*, por ejemplo, Bunge, 1986).

Además del orden, Andrónico aportó una denominación. Después de él, se usaría para designar esa disciplina que -de acuerdo con la cita de Aristóteles- pretende tratar intelectualmente pero de soslayo lo real; que no versa sobre las cosas particulares ni sobre la cotidianidad o el arte de construir artificios y herramientas, sino sobre una supuesta o esperada realidad fundante, íntima u oculta en todo lo que existe.

Hay múltiples versiones en torno al pretendido fundamento; he aquí ocho de ellas, ubicables en la tradición filosófica antigua y medieval: un algo que de seguro trasciende lo físico, las causas más universales en el orden real, el ser en cuanto ser, el ser más real y el más común y el primero, la verdad que es origen de toda verdad, Dios cual supremo ser real, lo que cae primero bajo el entendimiento, las substancias inmatriciales infinitas y sus accidentes.

Francisco Suárez -escolástico barroco- consideraba la metafísica como la ciencia primera en el orden del saber y la última en el orden de la enseñanza. Con deajo aristotélico, el londinense Francis Bacon, considerado a veces -contra cartesianos- como el verdadero iniciador de la filosofía moderna, vio en la metafísica “una ciencia de

causas formales y finales, a diferencia de la física, que es ciencia de las causas materiales” (Ferrater, 2382). Se descubren, en tantas versiones, dos tendencias para definir el término que nos ocupa: metafísica cual supra realidad (más allá del mundo y la materia) y metafísica cual forma de conocimiento (una disciplina o una ciencia). La tradición y las escuelas occidentales distinguen en ella (considerada cual disciplina) dos ramas, áreas o énfasis: la ontología y la epistemología. La primera versa sobre los seres cognoscibles o conocidos y la segunda estudia el conocimiento que se tiene o se puede tener sobre dichos seres.

Por siglos, esta *ciencia* ha motivado disputas, reformulaciones y tecnicismos. Sería injusto, sino absurdo, olvidarse de Platón, solo por el hecho de que precedió a Aristóteles. Su filosofía es una de las más prestigiosas en la historia occidental. Es compleja, desde luego, aunque suele ser recordada política (también simplificada) por su teoría de las ideas: lo real está constituido por ellas; las cosas materiales serían copias imperfectas o participaciones de tales ideas (las cuales difieren, evidentemente, de las ideas con que se ocupan los psicólogos). Devienen de tal concepción general múltiples

consecuencias gnoseológicas, estéticas, morales y jurídico políticas. Sus seguidores, simpatizantes, adaptadores, detractores y falsificadores constituyen legión.

En la Edad Media, la metafísica y, en general, la reflexión filosófica, fue subyugada por la teología. Luego, entre los modernos, generó desconfianza; aunque algunos de ellos -opuestos al realismo, al materialismo y a los escépticos- también construyeron teorías para dar cuenta de los principios últimos del ser y del conocer (*metafísicas de la subjetividad*, las llama Heidegger). Así defendieron la existencia de Dios, de las almas y de las cosas reveladas por los sentidos. Spinoza -un estupendo ejemplo- procuró demostrar que el fin del sabio es el bien soberano, el cual consiste en conocer la unión del espíritu con (toda) la naturaleza.

El escocés David Hume asestó un golpe severo a la metafísica. Entre sus convicciones, resultaron demoledoras las siguientes: no hay un yo sustancial, sino unas percepciones que acostumbramos asociar; substancia es solamente el nombre que se da a un conjunto de cualidades; la conexión causal no es necesaria, sino solo una creencia engendrada por la costumbre.

Suele contarse que cuando Inmanuel Kant estudió la obra de David Hume, despertó

de sus sueños metafísicos. Tras reflexiones críticas motivadas por aquella lectura, Kant habría distinguido *lo que se puede conocer* de lo que solo *se puede pensar*. Por esa vía, advirtió ausencia de verdadero conocimiento en la metafísica; aunque luego le concedió oscuros rincones en predios de lo pensable, de la libertad, del arte y de la esperanza. Muchos se han dedicado a iluminar dichos rincones.

Pese a la obra de Kant, algunos pensadores contemporáneos ostentan, cual pendón, sus versiones de la metafísica. Borges, con mayor astucia, sin probarla la sugiere, la degusta, la ofrece o la contagia. Cuenta de un cuclillo que, emulando al loro, repite: “nada hay en el universo que no sea fugaz e ilusorio” (Borges y otros, 1998, 765). Sus juegos literarios -no los del cuclillo, realmente desconocidos, sino de los de Borges- combinan ideologías milenarias con supuestos mágicos, teológicos o fantásticos. A propósito, son citables todas sus *Ficciones*, su “Historia de la eternidad” y una referencia a Keats, quien ha de haber escrito: “No sé nada, no he leído nada”, pese a lo cual se le atribuye “haber intuido en el oscuro ruiñeñor de una noche el ruiñeñor platónico”.. Seguidamente, Borges revela de Coleridge un tema concomitante y una curiosa ideología: los hombres nacen “aristotélicos o

platónicos; de la mente inglesa cabe afirmar que nació aristotélica [...]. Es natural, es acaso inevitable, que en Inglaterra no sea comprendida rectamente la *Oda a un ruiseñor*, de Keats³. (Borges, 2000,2, 95-97)

Roberto Murillo, académico costarricense de grata memoria, disfrutaba tejiendo y destejiendo los hilos metafísicos de letras como las referidas. Y es verdad: Borges intercaló en su obra tantas hebras metafísicas, que aquí apenas puede ser evocado por ello. Dos atrevimientos, quizá: sugerir su lectura y, por gusto, engarzar a lo dicho dos ejemplos de más. En el primero, el escritor habrá procurado ser profundísimo, pero recuerda pueriles lecturas de Laura: “El placer y el dolor van juntos, son dos gemelos” (2000, 4, 173); en el otro, “Le regret d’Heraclite”⁴ (2000, 4, 230), muchos podrán

reconocerse, repudiar su *karma* y hasta envidiar la vocación poética:

“Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach”.

No saldremos de borgianas estancias sin advertir un gusto por ideas orientales y por el eterno retorno; ideologías comunes, como hemos advertido, en Laura. Verbigracia, “El espejo y la máscara” (2000, 3, 47), donde el tiempo convierte a un “Alto Rey” en “un mendigo que recorre los caminos de Irlanda, que fue su reino”. El otro insinúa la vinculación universal de los seres en el todo: “debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás; algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios” (Borges, 2000, 1, 469). Cedamos a otra tentación: la prueba

³ Esta resulta menos sugestiva, pero un profesor de filosofía podría encontrarla más grata (Borges, 2000, 2, 96-97): “El platónico sabe que el universo es de algún modo un cosmos, un orden; ese orden, para el aristotélico, puede ser un error o una ficción de nuestro conocimiento parcial. A través de las latitudes y de las épocas, los dos antagonistas cambian de dialecto y de nombre: uno es Parménides, Platón, Spinoza, Kant, Francis Bradley; el otro, Heráclito, Aristóteles, Locke, Hume, William James. En las arduas escuelas de la Edad Media, todos invocan a Aristóteles, maestro de la humana razón (*Convivio*, IV, 2), pero los nominalistas son Aristóteles; los realistas Platón. El nominalismo inglés del siglo XIV resurge en el escrupuloso idealismo inglés del siglo XVIII; la economía de la fórmula de Occam, *entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem* [no deben multiplicarse las entidades innecesariamente] permite o prefigura el no menos taxativo *ese est percipii* [idea de Berkeley: el ser es ser percibido].

⁴ Parece más acertado, en español, *El lamento de Heráclito* que *El arrepentimiento de Heráclito*, aunque ambas versiones invitan a la reflexión metafísica.

metafísica de un cuento corto y extraordinario, compilado en un libro por Borges y Bioy Casares: “Chuang Tzu soñó que era una mariposa y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre”. (treseso.files.wordpress.com/)

Volvamos ahora a los filósofos de profesión y a los profesores de la disciplina⁵. La metafísica de Hegel es compleja y muy influyente; aquí bastará decir que afirma la realidad de lo racional y la racionalidad de lo real. Su concepción de dialéctica marca una impronta decisiva en las rutas de la filosofía contemporánea; *grosso modo* y con simplismo inclemente, puede hablarse de ella como el proceso de sucesivas afirmaciones y negaciones de lo real y, a la vez, como el método y la ciencia de la idea absoluta. Ante un horizonte tan inmenso y aplastante, prudente es recordar la oposición del danés Sören Aabye Kierkegaard, supuesto gestor del existencialismo teísta contemporáneo. Su metafísica no equipara ser y pensar, ni es absoluta como en Hegel; más bien pretende

forjar una verdad subjetivamente, con motivos desesperados: temor, nihilismo, la vivencia del pecado y de la existencia concreta.

Quizá debido a tantas pretensiones, vuelos intelectuales, versiones y contra versiones, imprecisiones y supuestos, la palabra *metafísica* se utiliza a veces con un sesgo ofensivo o peyorativo: -“eso que dices, no se entiende, es pura metafísica”. Sartre (1966, 750) ha llegado a tejer una sombría semejanza: “la metafísica es a la ontología lo que la sociología es a la historia”. Un neopositivista dirá que no es verdadera filosofía, sino un conjunto de errores en el uso del lenguaje. Wittgenstein emulaba, a su manera, un criterio kantiano: la metafísica intenta decir lo que no puede decirse; luego, prescribía, cual moralista: “de lo que no se puede hablar hay que callar”⁶.

En cierta forma, Laura podría pensar (no sin dejos de razón, pero adversando a muchos académicos) que su irreflexiva creencia guarda parentesco -probablemente de lejos- con esta curiosa disciplina que enseñan en aulas universitarias y en

⁵ Como el dedicado de estas disquisiciones, a quien adeudo disciplina y estudio.

⁶ “Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen”, Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, tomado de la Internet el 5 de abril, 2013, a las 23,40 hs. en: <http://people.umass.edu/klement/tlp/tlp.pdf>

conventos. Pero ese pensamiento ha de ser tema de otras disquisiciones; así también las consecuencias psíquico sociales mencionadas al principio y la adicción -inducida, contagiosa y vitanda- a las telenovelas.

Russell, B. (2002) *Philosophie Des Abendlandes* (Üb. E. Fisher-Werneck) Köln: Europaverlag.

Sartre, J-P. (1966) *El ser y la nada* (trad. J. Valmar) Buenos Aires: Losada.

Van Steenberghe, F. (1965) *Ontología* (trad. R. Martínez). Madrid: Gredos.

Bibliografía

Aristóteles (1998) *Metafísica de Aristóteles* (trad. V. García) Madrid: Gredos.

Borges, J-L. (1999) *Obras completas* (I, II, III, IV). Barcelona: EMECÉ.

Borges, J-L. *et al* (1998) *Obras completas en colaboración*. Barcelona: EMECÉ.

Bunge, M. (1986) *La investigación científica* (trad. M. Sacristán). Barcelona: Ariel.

Cruz, D. (1970) *Filosofía sin supuestos*. Buenos Aires: Sudamericana.

De Aquino, T. (2002) *Compendio de teología* (trad. L. Carbonero). Barcelona: Folio.

Ferrater, J. (1999) *Diccionario de Filosofía* (4 tomos). Barcelona: Ariel.

Heidegger, M. (1977) *El ser y el tiempo* (trad. J. Gaos). México: FCE.

<http://treseso.files.wordpress.com/2010/11/jorge-luis-borges-y-a-bioy-casares-cuentos-breves-y-extraordinarios.pdf>

Láscaris, C. (1966) *Estudios de filosofía moderna*. San Salvador: Ministerio de Educación.

Prabhāda. (1975) *Elevándose a la conciencia de Kṛṣṇa* (s. trad.) México: Devotos de Kṛṣṇa/TheBaktivedanta Book Trust.

Prabhāda. (1975b) *El Bhagavad-Gītā como es* (trad. H. Resnik). México: TheBaktivedanta Book Trust.